

Club de lectura: La Flor de Lis de Elena Poniatowska

Lunes, 11 de noviembre de 2017 18h

Biblioteca del Instituto Cervantes de Milán

Coordinador: Jean Claude Fonder



Fundación: www.fundacionelenaponiatowska.org/

EL PAÍS

Elena Poniatowska: “Los jóvenes tienen que encabezar la lucha contra la violencia hacia las mujeres”

La escritora, ganadora del Premio Cervantes, reflexiona ante cientos de jóvenes sobre periodismo, igualdad de género y la violencia en México



Elena Poniatowska en la FIL. ULISES RUIZ BASURTO EFE

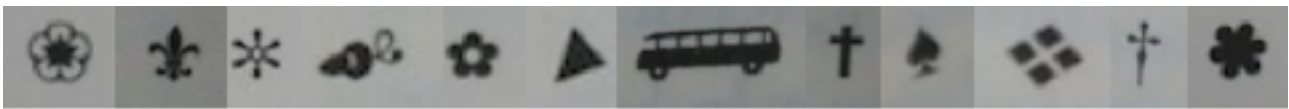
[Elena Poniatowska](#) tiene toda su esperanza puesta en los jóvenes de México. La escritora mexicana, ganadora del Premio Cervantes, se ha reunido con cientos de ellos en la [Feria Internacional del Libro de Guadalajara](#). Con una sonrisa ha contestado sus inquietudes sobre sus obras, el periodismo y las condiciones de igualdad de las mujeres mexicanas. Poniatowska le ha pedido a una generación usualmente criticada por su falta de liderazgo que no se den por vencidos en la lucha por sus ideas. “No se desestimen”, les ha dicho.

La autora de [La noche de Tlatelolco](#) ha recordado, por petición de sus lectores, el episodio de 1968 en el que el Ejército mexicano masacró a un grupo de estudiantes en la famosa plaza en Ciudad de México. Poniatowska hizo un paralelismo entre Tlatelolco y la [desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa](#), en septiembre de 2014. La escritora está convencida que conseguir la verdad sobre estos sucesos es responsabilidad de las nuevas generaciones. “Los jóvenes son siempre los mismos. Ustedes son los mismos que los del 68, pero ustedes tienen más posibilidades de enterarse de lo que está sucediendo”, ha comentado.

La sala estaba llena de jóvenes, pero principalmente por mujeres de todas las generaciones. Poniatowska se detuvo la mayor parte del tiempo a hablar de las condiciones en las que las mujeres viven en México. “A las mujeres en México no se las toma en cuenta. En general, se les falta muchísimo el respeto”, apuntó. Recordó el papel que las mujeres han jugado en la historia de México y señaló que [la violencia de género](#) todavía permea de una forma lastimosa en la sociedad mexicana. “Los jóvenes tienen que encabezar la lucha contra la violencia hacia las mujeres, en este momento hay muchísimos feminicidios”, ha alertado.

La obra de Poniatowska ha estado marcada por el desarrollo de historias sobre mujeres. La autora confesó que de todos los personajes sobre los que ha escrito se siente identificada con [Tina Modotti](#). “Mi mamá la odiaba porque era comunista”, dijo entre risas. Pero reconoció que se siente identificada con ella por su interés, descubrimiento y amor a México. La escritora también recordó sus inicios en el periodismo en el diario Excelsior en 1953, donde “había pocas mujeres”, y de cómo creció su interés por escuchar las historias de aquellos a quienes entrevistaba. “Hay que estar muy conscientes del otro. El amor al otro te hace buen escritor”, recomendó a quienes le preguntaron sobre un consejo para llegar a ser periodista.

Entre los entrevistados de aquellos días, recordó, estaba [el astrónomo Guillermo Haro](#) con quien se casó unos años más tarde. Conmovida por el recuerdo de su marido, Poniatowska reconoció que su admiración hacia él estaba cimentada en su lucha, desde la trinchera científica, por hacer de México un mejor país. “Amó mucho a las estrellas. Las estudió, las descubrió y le enseñó a los jóvenes que pueden hacer lo que se propongan. Luchó contra políticos y bisoños que no entendían por qué teníamos que invertir en ciencia”.



EXTRACTOS

1. Melle Durand y Nounou

—Entonces vayan a lavarse los dientes y prepárense porque falta poco para que la señora duquesa venga a darles las buenas noches. Sofía se indigna:

—Nounou nunca nos hace lavarnos los dientes en la noche.

—Nounou era una mujer del campo -dice en tono seco Mademoiselle Durand. De pie frente a la ventana, hombro con hombro Sofía y yo vemos cómo afuera se oscurece el jardín.

—La señora duquesa se ha demorado, métanse ustedes a la cama; antes digan sus oraciones.

—Mi mamá nunca es puntual -le informa Sofía. Nos quitamos las batas, rezamos en voz alta, poquito, muy poquito. Me cuelo entre las sábanas frías. Mademoiselle nos mira con

timidez; no sabe si acercarse, si darnos las buenas noches, si apagar la luz, si estirar las sábanas para que no nos destapemos. Las tres estamos tensas y ella se ve descorazonada, los brazos le caen a lo largo del cuerpo con su ridículo dedo mocho pirateado dentro del falso dedo de gamuza beige (ese parche lo recortó de un

Mademoiselle Durand me dice:

—Cuando sepa, se irá a esconder a los rincones a leer. Inclínada sobre el libro. No entiendo nada, pero me acucillo en un rincón y finjo, para que me quiera.

guante viejo, pienso con sorna). Hace frente, sola, a la cruel hostilidad de la infancia. Nos miramos en silencio, dos pequeñas gentes y una grande, y en el desierto de nosotras tres oigo la voz, su voz de campana en el bosque; su rumor de bosque avanza por el corredor. Apresurada, empuja la puerta como suele hacerlo, con todo su cuerpo, de modo que la puerta la enmarca; cuadro viviente de sí misma.

—¿Ya se durmieron, niñas? ¿Se portaron bien? ¿Le han obedecido a Mademoiselle Durand? Revolotea, su vestido barre el suelo, pregunta a los cuatro vientos con sus ojos de cuatro vientos; baila sin querer para nosotros, unos "glissandos", unos "entrechats", hace una pirueta, gira:

—Pero ¿qué caritas son ésas? ¿Qué les pasa a mis niñas gruñonas? (Gruñe ella misma.) ¿Están de mal humor? ¡Qué prisa tengo, Dios mío! Es tardísimo, me va a matar Casimiro. ¿Cenaron bien? (No espera las respuestas.) Me tengo que ir, adiós mis chiquitas, buenas noches mis amores. ¿Tomaron sus medicinas? Si no, deben estar apuntadas en alguna parte, allí debe haberlas dejado la nodriza para que usted sepa, Mademoiselle... Sofía grita: —¡Nounou, Nounou, quiero a mi Nounou!

—...Sofía, ya no era posible, Nounou las estaba pudriendo. Va hacia su cama, la besa, luego vuela hacia mí y se inclina; veo sus pechos muy blancos, redondos, de pura leche, su piel de leche blanquísima, su perfume, el pelo que cae como una rama de árbol sobre mi cara fruncida, su cuello, oh mi mamá de flores, me besa rápido llamándome "mi myosotis" palabra que guardo en mi mano y con una voltereta le indica a la institutriz:

—Venga usted conmigo, Mademoiselle, y en la escalera, mientras bajemos, le daré algunas indicaciones. Oigo su voz a lo lejos. El vestido sigue barriendo el corredor. Se cierra una puerta. Me quedo sola con el nomeolvides aprisionado latiendo uno, dos, uno, dos, sus pequeños pálpitos azules.

2. Luz

Subo por una escalera estrecha y larga de peldaños blancos; involuntariamente toco alguno de los tubos pegados a la pared de hierro, está hirviendo: "Ha de ser el del agua caliente."

La escalera desemboca en un estrecho pasillo y camino bajo el túnel; cuántos pasos hay que dar para llegar a la luz. Penden focos de luz amarilla pero yo quiero la luz del día. Otra escalera de juguete, esta vez alfombrada, no me atrevo a tocar los tubos por los que zumba el agua, ni siquiera el pasamanos. La escalera se abre y surjo deslumbrada cual topo de su agujero al espacio blanco; la cubierta, refulgente, me produce una alegría prodigiosa, el aire me golpea la cara, corro con los brazos abiertos para abrazarlo, me doy a la nitidez de la mañana, qué feliz soy, esta luz inimaginable espera como un inmenso regalo. En pleno océano, el agua de mar abriga la mañana, hiere la retina, convierte las cuerdas de proa en escarcha, las cubre de escamas; el viento es nieve bajo el sol y uno avanza sobre la pureza. Esa mujer allá en la punta es mi mamá; el descubrimiento es tan deslumbrante como la superficie lechosa del mar. Es mi mamá. O es una garza. O un pensamiento salobre. O un vaho del agua. O un pañuelo de adiós al viento. Es mi mamá, sí, pero el agua de sal me impide fijarla, se disuelve, ondea, vuelve a alejarse, oh, mamá, déjame asirte. Se me enredan las pestañas. Camino sobre la madera bien lavada, todavía huele a jabón de Marsella, que pica tanto cuando se mete en los ojos, a madera tallada al alba por escobas de cerdas amarillas, y el agua jabonosa se va al agua de mar, escurre la espuma en la otra espuma, la poca que revienta en la cresta de las olas a medio océano, porque el mar océano, el que va en serio, no es de olas salpiconas sino un manto de hielo que no va a ningún lado y que el barco surca penosamente, arrancándose a quién sabe qué profundidades que lo quieren lastrar. La veo allá, volátil, a punto de desaparecer o de estallar en su jaula de huesos, a punto de caerse al mar; el viento se lo impide o la espuma más alta de la ola que va abriendo el barco; el viento también sostiene sus cabellos en lo alto; el viento ciñe su vestido alrededor de su cuerpo; ahora sí, alcanzo a ver cómo arquea las cejas y entrecierra los ojos para llegar más lejos.

~

—Mamá, Mariana está otra vez hablando sola.

Hace su aparición arriba de la escalera. Antes ha ido a despedirse de la nueva abuela que le dice invariablemente:

—Te brilla la nariz.

Con la mota de la polvera de la nueva abuela se polvea y luego baja decidida la escalera, cada día con un vestido diferente, una bolsa diferente, unos ojos diferentes. Los vestidos son de Schiaparelli y son divinos, dirán di-vi-nos y sí, me intimida su belleza, no quiero arrugarla, despeinarla. La palidez de su rostro bajo la mata de pelo que parece pesarle en la nuca, echarle hacia atrás la cabeza, el cuello frágil de tan largo, el hueso en la nuca dispuesto a la guillotina; allí podría caer la pesada cuchilla, sangrarla, desnucarla, descerebrarla, descabezarla, separar su rostro de altos pómulos del resto del cuerpo volátil, intangible, intocable. Porque nadie toca este cuerpo, nadie lo toma de la cintura; se volatilizaría, se rompería en el aire tan extremadamente delicado; la esmeralda cuadrada grande, ¿de dónde proviene? Cuelga en su mano delgadísima, la lastra, la hace aún más lánguida; el peso de un ser detenido a una esmeralda que a mí me parece burda, un cajoncito de mar congelado, una dura transparencia.

3. Mexico

Nuestra vida social no es tan ajetreada como la de mi madre pero tiene su chiste sobre todo porque gira en torno a la abuela que los domingos se pone un vestido de lunares rabón, porque así le gusta, rabón y nos lleva al centro a Sofía y a mí, en un coche de

alquiler que nos deja frente a la casa de los Azulejos. Caminamos por la calle de Madero hasta la Profesa a misa de doce. Después del calor en la nuca, en los hombros, bajar los escalones desgastados, limados por miles de pies para penetrar en la nave es un descanso. Me hincó como quien hace un garabato, achangada en el suelo de piedra y me escurro a una banca, quizá sea esto lo que más me gusta de la Profesa; su desgaste. Alguna vez las bancas acabarán por derretirse, volverse materia blanda, miel de piloncillo; se ofrecen íntimas. Nos arrodillamos sobre la madera bruñida, bajo la bóveda altísima y vacía. En la Profesa, todo está pulido; la voz del sacerdote, las bancas, la pila del agua bendita, los confesionarios, los muros, el altar solemne y distante allá a lo lejos, las mejillas y la frente de la nueva abuela, bajo el canotier, su rosario que ha tocado el Santo Sepulcro en Jerusalén, entre sus dedos pálidos. Casi no hay gente, apenas unos cuantos bultos enrebozados, morenos como las bancas, monitos que se rascan y se persignan, confundidos los ademanes. A veces capto, entre las cortinas del rebozo, el fulgor de una mirada huidiza; la mano vuelta hacia adentro como una garra que se recoge es la de un animal que erró su ataque y tuvo que retraerse. ¿Qué tanto hay dentro de esos rebozos? ¿Cuánta mugre rencorosa, cuánto sudor ácido, cuánta miseria arrebuja en el cuello y en el cabello opaco, grisáceo? Quisiera hablarles, sería fácil acucillarme junto a una forma doliente, pero aprendí que no me aceptan, me ven en sordina, agazapados entre sus trapos descoloridos y tristes, hacen como que no me entienden, todo su ser erizado de desconfianza. Dice la abuela que es más fácil acercarse a un perro sarnoso. Tengo que rezar por mi padre, mi madre, mi abuela, por todos los que son mi vida y también, como enseñan en los scouts, por los que están ahora en la iglesia, los cadáveres que aguardan sumidos en sus montones de ropa vieja: "Dios mío, dime ¿qué les he hecho? ¿Qué les hacemos para que nos rechacen tanto?" Espío sus gestos hieráticos, vergonzantes y sobre todo, esa terrible tranquilidad oscura con la que esperan yertos a que el más allá les dé la señal. ¿Qué esperan? Magda me dijo una vez: "Es que no tienen a nadie." ¿Qué hago entre esas ánimas en pena?

Virgencita de Guadalupe
Reina de los mexicanos
Salva a mi patria del comunismo
Amén.

Pregunto:

— Mamá, ¿qué es el comunismo?
— Es una infección.

— Pero tú no eres de México, ¿verdad?
— Sí soy.
— Es que no pareces mexicana.
— Ah sí, entonces ¿qué parezco?
— Gringa.
— Pues no soy gringa, soy mexicana.
— No se te ve.
— Soy mexicana porque mi madre es mexicana; si la nacionalidad de la madre se heredara como la del padre, sería mexicana.
— De todos modos, no eres de México.
— Soy de México porque quiero serlo, es mi país.
~
— Güerita, güerita, ¡cómo se ve que usted no es de los nuestros, no sabe nuestras costumbres;

Después de la bendición final saludamos a "les gens de connaissance", Pastora Dávila y el doctor Rojas Loa, islotes entre la espesura del reproche y vamos hasta La Esmeralda para desembocar en el Zócalo, esa gran plaza que siempre se me atora en la garganta. Mi mamá desde la casa de Capuchinas frente a Catedral vio al hombre araña subir por los muros hasta llegar al campanario. Una multitud esperaba para ovacionarlo. Abajo toda la plaza estaba cubierta de coronas mortuorias porque allí "las vendían. Amo esta plaza, es mía, es más mía que mi casa, me importa más que mi casa, preferiría perder mi casa. Quisiera bañarla toda entera a grandes cubetadas de agua y escobazos,

restregarla con una escobilla y jabón, sacarle espuma, como a un patio viejo, hincarme sobre sus baldosas a puro talle y talle, y cantarle a voz en cuello, como Jorge Negrete, cuando lo oía en el radio gritar así:

México lindo y querido si muero lejos de ti que digan que estoy dormido y que me traigan aquí.

~

A las tres de la tarde, en la hacienda la mesa se extiende como un camino blanco y luminoso, una vía real cortada por los molcajetes rellenos de guacamole, el chicharrón, el queso blanco, las tostadas, la espesa crema de rancho que se pega a la cuchara y hay que esperar a que caiga, las carnitas, las frutas cubiertas, el acitrón, el calabazate, los dulces de piñón, los de nuez. Todo se derrite bajo nuestra lengua, nunca hemos tenido más hambre. Eduardo Iturbide, después de dos que tres tequilas con sangrita, que no whisky, nos pregunta si nos gusta la vida de rancho, qué tal sabe la sopa de médula, la de hongos, el caldo de la barbacoa, los mixiotes, el cabrito, las quesadillas de flor de calabaza, las de huitlacoche, la gigantesca olla de arroz con minúsculas ruedas de zanahoria y chícharos saltarines, el pulque curado de tuna, el de apio, el de fresa para ustedes niñas que son unos dulces.

4. Padre Teufel

—Soy de buena familia, padre.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Me mandaron a la escuela. Estoy bien educada.

—¿Educada para qué? ¿Qué sabe usted hacer? ¿En qué podría trabajar?

—No sé, padre. Pero soy una gente bien, heredé costumbres y objetos que lo demuestran.

En mi casa todo tiene pasado...

¿Sabe?, mi abuelo decía que los sirvientes lo son porque no pueden ser otra cosa, ¿no?

—¿Por qué no pueden ser otra cosa?

—Porque no tienen capacidades. En general son tontos, cometen siempre las mismas torpezas. Mi abuelo en Francia decía: "Si no fueran tontos no serían sirvientes."

—Entonces, para usted, niña de buena familia, la gente con limitaciones no puede aspirar más que a servir a los demás. ¡Qué muchachita! Con razón se hizo la guillotina. Gracias a Dios hemos entrado en la era de las grandes fábricas.

—¿Las fábricas?

—Sí, aquellas en donde todos trabajan igual, en donde puede darse la oposición y la exigencia, la huelga. Oiga, Blanca, ¿qué sus compañeras de retiro piensan como usted?

—No lo sé, padre, pero ellas sí son dueñas de fábricas. Sin embargo, nunca hemos hablado de lo que sucede en sus fábricas.

El sacerdote ríe malévolamente.

—Y ¿no le parece un poco anticuado todo eso de los buenos modales, la "buena familia" a la que usted pertenece?

—No sé, padre.

—¿Qué es lo que usted sabe?

La sonrisa sigue irónica, malevolente.

—Sé que me gusta que las sábanas huelan a lavanda; en mi casa mi madre mete saquitos de lavanda entre las sábanas. Es una costumbre heredada... Padre, yo creo en las tradiciones.

El padre se violenta.

—En el mundo actual, los hombres tienen la necesidad absoluta de descastarse.

—¿Cómo?

—Lo que usted me acaba de decir, Blanca, es decadente. Sabe a rancio, a podrido, a prejuicios; simplemente no tiene sentido. La vida misma nos lleva por otros caminos. Usted misma, niña, es mucho más ancha, mucho más grande de lo que cree; la vida se encargará de demostrárselo. El mundo tiene que renovarse. Hay que destruir a la sociedad a la que usted pertenece, hacerla trizas con sus prejuicios, su vanidad, su impotencia moral y física. ¡Y gente como usted, puede hacerlo desde dentro! Descastarse, niña Blanca, des-cas-tar-se. Rompa usted escudos y libros de familia, sacuda árboles genealógicos. No guarde álbumes amarillentos. Asesínelo todo. Asesine a sus padres, a sus abuelos. Usted es un hecho aislado, sin procedencia, sin antecedentes. Las únicas capaces de abolir las clases sociales son las mujeres, las mujeres que pueden tener hijos con quien sea y en donde sea.

~

Jacques Teufel se había atrevido a gritar:

—Ustedes comparan al pueblo mexicano con los pueblos de Europa, concretamente con Francia, y sólo en la medida en que México se parezca a Francia, se justificará su pretensión de formar parte de la comunidad de los hombres. Esto es muy grave, señores trasterrados, porque ustedes mismos, aunque ya no viven en Francia, se erigen en civilización y pretenden civilizar a un pueblo que desprecian. ¡Oh no, no protesten, me han asestado su superioridad durante todos los días de mi estancia y conozco bien su acción civilizadora; hacerlos trabajar diez o doce horas en lo que ustedes quieran, regular su natalidad cuando este gran país tiene aún tantas zonas sin poblar, terminar con una religión primitiva y ciega, a su criterio pagana, sólo porque su mezquindad los hace incapaces de comprenderla, seguir aprovechando esa mano de obra sumisa, barata,

—Mi Blanca tan pura. ¿Por qué te han manchado? No había necesidad de que supieras nada. Yo estoy en el mundo para cuidar a gentes como tú, vine a salvar a la gente joven, salvarla de su medio, de la parálisis social a la que la confinan, vine a darle fe en sí misma, hacerla vivir, gente como tú Blanca...

ignorante, como a ustedes les conviene, porque de lo que se trata es de que no mejoren, no asciendan a ninguna posición de mando! Oh, no me digan que ustedes les han enseñado lo que saben, jamás encajarán los mexicanos pobres dentro de su mundo mientras no se parezcan a ustedes y a su familia. Ustedes no encarnan civilizadores ni cultura alguna. Ustedes sólo encarnan sus privilegios.

Había terminado en un grito, ya sin aliento, lanzando anatemas a grandes salivazos blandiendo un índice amenazador: "¡Racistas, esto es lo que son ustedes, racistas y explotadores! ¡Y no se atrevan a decir que actúan en nombre de Cristo; sería intolerable su cinismo!"

~

En la Avenida San Juan de Letrán, arriba del Cinelandia, tomo clases de taquimecanografía. En los días en que el recuerdo de Teufel me atosiga, camino entre la gente hacia la Alameda. Me siento junto a los chinos que platican en un semicírculo parecido al Hemiciclo a Juárez; allí también los sordomudos se comunican dibujando pájaros en el aire; me hace bien su silencio, luego escojo una banca junto a la estatua "Malgré tout" y miro cómo los hombres al pasar, le acarician las nalgas. Las mujeres, no. Me gusta sentarme al sol en medio de la gente, esa gente, en mi ciudad, en el centro de mi país. en el ombligo del mundo. Me calientan los muritos de truenos tras de los cuales los enamorados se esconden para darse de kikos. Mi país es esta banca de piedra desde la cual miro el mediodía, mi país es esta lentitud al sol, mi país es la campana a la hora de la elevación, la fuente de las ranitas frente al Colegio de Niñas, mi país es la emoción violenta, mi país es el grito que ahogo al decir Luz, mi país es Luz, el amor de Luz. "¡Cuidado!", es la tentación que reprimo de Luz, mi país es el tamal que ahora mismo voy

a ir a traer a la calle de Huichapan número 17, a la "Flor de Lis". "De chile verde" diré: "Uno de chile verde con pollo."

Cuando van a dar las dos, regreso a la casa, vacía de emociones y miro por la ventanilla del Colonia del Valle-Coyoacán. No sé dónde poner los ojos. Al igual que la María Félix camionera atornillo la vista en las calles que llevo recorridas. ¿Cuántas horas estamos solas mirando por la ventanilla, mamá? Es entonces cuando te pregunto, mamá, mi madre, mi corazón, mi madre, mi corazón, mi madre, mamá, la tristeza que siento, ¿ésa dónde la pongo?

¿Dónde, mamá?